



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

Donde los sueños acaban

Gabriel Arroyo Melo



DIPLOMA 2018

Donde los sueños acaban

Gabriel Arroyo Melo

DONDE LOS SUEÑOS ACABAN

Por Marcus J. Ellroy

El 28 de enero es tan buen día para morir como cualquier otro. Todavía más si eres alumno de la universidad y estás hasta arriba de exámenes finales. Eso debió de pensar Armando Hernández, decano de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, cuando recibió la noticia de que habían hallado un cadáver en los baños masculinos del sótano del edificio de Humanidades. Un chico de Lenguas Modernas, que acababa de terminar un examen y había ido a los baños, lo encontró, boca abajo y rodeado de un charco de su propia sangre. La noticia corrió como la pólvora entre todos los alumnos. Los hábiles y veloces dedos de cientos de estudiantes no paraban de teclear en sus *smartphones* la espeluznante noticia del chico muerto en los baños de la uni. Pronto todo el personal y alumnado de la ULPGC supo de lo ocurrido, incluido yo, Mario García, alumno de tercero del Grado de Lengua Española y Literaturas Hispánicas. No se hablaba de otra cosa.

Más tarde que pronto, la policía se personó en el lugar y comenzaron su rutinario trabajo. Rápidamente, precintaron el baño y la policía científica comenzó a peinar la zona donde aún se encontraba el cadáver. Los otros policías empezaron a hacer preguntas a los presentes. Nadie había visto nada. Cuando me preguntaron a mí, tuve miedo. Los nervios se apoderaron de mí ser por completo. Sentí que yo era sospechoso. Quise creer que la policía me comprendería y que iba a ser tachado de su lista sin ningún tipo de sospecha. La víctima era Eduardo Cabrera, un chico de veintitrés años. Había muerto, aparentemente, de un disparo en el pecho. ¡Un chico de mi clase muerto de un disparo! Me quedé atónito. “Esta mañana no había ido al examen, pero pensé que simplemente no había estudiado suficiente o que estaría malo”, les respondí a los agentes. ¿Quién es el valiente que se presenta a un examen de Romania a las nueve de la mañana, sin haber estudiado ni pizca?; pensé para mis adentros. Los dos agentes no parecían prestar mucha atención a mis palabras, no apuntaban absolutamente nada de lo que yo decía. Me preguntaron si yo conocía a Eduardo, si había visto algo extraño en las últimas horas o si había echado en falta a alguien más en el examen. Me estrujé el cerebro, intentando recrear la clase durante la realización de la prueba. Los únicos que habían faltado era Eduardo y Jesús, al que todos llamaban Suso, pero llevaba faltando tres días seguidos. Los policías asintieron y me dijeron que podía marcharme. El decano me apretó el brazo en señal de afecto y me acompañó a la puerta.

Eduardo tenía una novia en la misma clase, Rocío. Una chica morena con los ojos del color de la Nutella, que tenía encandilada a media clase. Cuando salí del despacho la vi, estaba rodeada de sus mejores amigas, Laura y Fani. Junto a estas estaba una policía sicóloga, que intentaba poner en práctica todo lo aprendido en la universidad y en sus cursos de la policía. Sus ojos color Nutella estaban completamente hinchados de tanto llorar. Sentí lastima y pena por ella, era una buena chica, amable y simpática. Su dolor me golpeó de lleno como un martillo. Sentí ganas de llorar yo también, pero me sobrepuse a los sentimientos que comenzaban a aflorar de mi interior y dejé atrás las llantinas de aquella muchacha y los intentos de sus amigas y de la sicóloga de intentar calmarla por todos los medios que tenían en sus manos. A mi parecer hacían buena pareja, si obviáramos que Eduardo era un completo tolete, claro está, pero ahora mismo esa parte fue la que menos recreo en mi cabeza. Era un chico como yo, con sueños, esperanzas, ganas de vivir. Y ahora todos esos sueños se convertirían en polvo, un polvo que sería arrastrado por el capricho del viento, sin rumbo fijo. Perdidos para siempre entre las nubes y los vientos alisios que recorren indomables nuestra pequeña isla. No pude soportar pensar en todo lo que se le había arrebatado a aquel muchacho de cabello rubio y sonrisa pícaro, que traía de cabeza a casi todas las chicas que se cruzaban en su camino.

Los exámenes se suspendieron durante el resto de la jornada, hasta nuevo aviso, y me marché a casa, aún conmocionado por lo ocurrido, con el dolor y la pena recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Anduve el camino de vuelta a casa sumergido en mi *smartphone*, hablando con Pablo y con Lucía por *WhatsApp*. Cuando giré la llave en la cerradura, mis padres se abalanzaron sobre mí para comenzar a realizarme una batería de preguntas que me pareció no tener fin. Tras responder mil veces que yo estaba bien y que nada me había pasado, pude por fin llegar a mi habitación. Cerré la puerta tras de mí, dejé caer la mochila al suelo y me acosté sobre mi cama con la ropa aún puesta. Respiré profundamente y dejé escapar el aire lentamente. Me coloqué los auriculares de mi *smartphone*. Cerré los ojos unos instantes y me dejé seducir por la increíble melodía de *Another One Bites the Dust* del grupo Queen. Lo que había ocurrido hoy en clase había sido una locura. Eduardo había muerto de un disparo en el baño de la uni. Joder, era increíble, ¿quién tenía un arma de fuego en la uni? Mi mente trabaja a toda velocidad, Eduardo no había aparecido en el examen aquella mañana, su novia sí. Suso llevaba varios días desaparecido. No había hablado por el grupo. Ni siquiera había avisado a Yeray, su mejor amigo, de que no iba a presentarse. Por lo que todos pensamos que estaría enfermo, postrado en su cama con alguna gastroenteritis, tan comunes en él, que no lo dejaban ni salir del baño. En la uni

había cientos de alumnos y trabajadores, podría haber sido cualquiera. Los sentimientos que llevaba reprimiendo todo el día desde el fugaz encuentro con la chica de ojos color Nutella afloraron en mí. Las lágrimas me recorrieron las mejillas y rompí a llorar.

Había pasado una semana desde que encontraron el cuerpo de Eduardo y las aguas habían vuelto a su cauce en la universidad. El edificio había vuelto a su monótono día a día, las mareas de alumnos entraban y salían, se arremolinaban en la escalera y las risas se escuchaban en cada esquina. El segurita daba su rutinaria vuelta controlando que nadie intentara saltarse las normas en todo el campus. El viejo segurita cuidaba de la universidad como si de una penitenciaría se tratase, recelaba de todos los alumnos y reprendía a los que se saltaban las reglas de manera seca y hosca. Siempre en la entrada de la universidad se escuchaba el “Cuidado, por ahí viene Manolo”, “Chacho, tira el cigarrillo que viene Manolo”. Todos odiaban al segurita y era una persona muy poco respetada en los círculos de la uni. Se contaba por ahí que hacía poco había dado una paliza a un alumno por cogerlo fumando un porro en las mesas de piedra, a las que habíamos bautizado con el nombre del “merendero”, pero ya se sabe, muchas historias son simples leyendas urbanas que pasan de boca en boca engrandeciendo el relato hasta sus máximas cotas de epicidad. Manolo siempre paseaba con las manos apoyadas en su cinturón, donde portaba la porra y las esposas reglamentarias. Había sido un antiguo policía venido a menos y, expulsado del cuerpo por problemas con el alcohol, su mujer lo había abandonado y no tenía relación con sus hijas. Era un viejo, calvo, con un bigote amarillento del tabaco; huraño y amargado. Cuando vi a Yeray, parecía más nervioso de lo normal, miraba a todos lados como un ratón asustado, aunque intentaba no parecerlo. Daba caladas a su cigarrillo de manera compulsiva. Suso seguía sin aparecer. En ese momento llegaba Pablo. Lo saludé con una chocada de manos y un abrazo y la consiguiente fórmula de saludo tan usual entre amigos, el famoso “¿Que fue, loco?”. Pablo me preguntó si había visto el último capítulo de *Juego de Tronos*, él tenía atrasados algunos capítulos de la séptima temporada, pero yo ya la había terminado hacía tiempillo, pero siempre me volvía loco con lo que a él le gustaba llamar “la tertulia post-capítulo”. Me preguntaba mi opinión sobre el episodio, y me hablaba de este detalle o de aquel otro, de cómo habían matado a aquel personaje que él no creía que iba a morir, pero ya se sabe, la única regla que tiene *Juego de Tronos* es “No te encariñes con ninguno de sus personajes”.

Lo que más me sorprendió de todo y, por tanto, lo que hizo que comenzara a investigar fue cuando el viejo segurita se acercó a Yeray. Le dijo algo que no fui capaz de entender y siguió su camino. Pasados

unos segundos Yeray siguió a Manolo. Era de lo más sospechoso. Dejé con la palabra en la boca a Pablo, que me estaba contando no sé qué batalla sobre *Juego de Tronos*, y subí las escaleras de piedra que entraban en el edificio de la universidad de dos en dos. Detrás escuché a Pablo llamarme repetidas veces, pero hice caso omiso. Yeray cruzó la sala y salió por las escaleras del fondo. Siguió todo recto y se internó en el garaje donde los profesores dejaban sus coches. Su caminar era nervioso y cada dos segundos miraba en todas direcciones, vigilando que nadie lo siguiera. Agazapado y cuidando que mis pasos no se escucharan, me escondí tras una columna, por unos instantes me sentí una especie de James Bond, un Jason Bourne en medio de una misión a vida o muerte, que acecha a su enemigo antes de atacarlo y acabar con la vida del pobre infeliz, sin que este siquiera supiera nunca cómo había muerto. Cinco coches más allá, Yeray estaba apoyado sobre una columna, tras él apareció Manolo. Lo agarró por los hombros y le dio la vuelta con fuerza.

—¿Tienes lo mío? —Yeray se rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó un pequeño fajo de billetes. Manolo se lo arrebató de las manos sin ningún tipo de cuidado y se lo guardó con una asquerosa sonrisa en el bolsillito de su camisa de botones reglamentaria.

Acto seguido sacó de su pantalón una bolsita llena de lenguas de hachís, envueltas en papel de cocina transparente y se la tendió a Yeray, que la cogió con rapidez y la escondió en su mochila negra con el logotipo de Vans en grande y con las letras en blanco que resaltaban aún más sobre la tela oscura. “Dile a Suso que no venga todavía, que aguante un poquito más en su casa, ¿vale?”; Yeray asintió. “No queremos que nadie lo vea, ¿verdad?”; el universitario volvió a asentir, esta vez algo asustado. ¿Qué significaba aquello? Manolo era un camello que le vendía droga a Yeray, eso estaba claro, lo acaba de presenciar con mis propios ojos, pero ¿qué tenía que ver Suso en todo aquello? ¿Por qué no podía venir a la universidad? Alumno y segurita sin despedirse se separaron siguiendo caminos distintos. Manolo salió por la puerta principal del garaje que daba a la pequeña carretera y Yeray volvió sobre sus pasos. Yo mantuve la respiración unos segundos y permanecí escondido tras la columna hasta dejar de escuchar los pasos de mi compañero. Cuando salí del garaje sentí que el corazón me iba a cien por hora. Casi me da un paro cardíaco cuando unas manos me tocaron el hombro. Para mi suerte era Lucía, siempre con su sonrisa que me reconfortaba el alma. Llevaba su cabello castaño recogido en un moño hecho a la prisa y los ojos pintados con una simple raya negra, pero a mí me pareció la chica más guapa de toda la universidad. “¿Qué te pasa, muchacho? Parece que viste un

fantasma”; “Nada, nada, creo que el desayuno no me sentó muy bien. Voy al baño”. “Venga corre, que llegas tarde a clase”, asentí y me dirigí al baño.

Una vez en el baño, me lavé la cara varias veces e intenté relajarme. Me miré al espejo y me removí el cabello, repelinándomelo hacia la derecha. Me coloqué las gafas y me sequé las manos en el pantalón vaquero. Tenía que pensar en todo lo que había visto, pero primero tenía que ir a clase, nadie podía sospechar nada, no quería avisar aún a la policía ni decir nada a mis amigos hasta que no estuviera cien por cien seguro, pero tenía una corazonada, algo me decía que Suso, Yeray y Manolo tenían algo que ver con el asesinato de Eduardo. Cuando salí del baño el corazón ya se había calmado un pizco. Casi choco de bruces con Manolo, que entraba en ese momento en el baño. “Cuidado, muchacho, que vas que no miras, eh”; me quedé paralizado por unos segundos sin saber qué decir. Sin pensármelo mucho, sonreí de manera nerviosa, sentí como los ojos grises de Manolo buscaban los míos. Evité su mirada y seguí mi camino. Tras de mí escuché la áspera voz de fumador del segurita, sus palabras me perseguirían por el resto del día: “Tienes que tener más cuidado donde te metes, niño”.

En clase me sentí a salvo, pude relajar la respiración y el *bum bum* del corazón. Cogí sitio junto a Pablo y Lucía. Acto seguido saqué mi portátil sobre la mesa. Lucía me preguntó si me encontraba mejor, a lo que respondí que sí, que todo bien. Pablo me miraba de reojo, lo había dejado con la palabra en la boca en las escaleras de piedra de la entrada, y ni siquiera había vuelto a decirle nada, era normal que se hubiera molestado. Luego intentaré explicarle qué pasó. La clase transcurrió lenta, casi ni atendí, mi mente estaba lejos, seguía en el garaje y en el encuentro con Manolo en los baños. ¿Me habría visto en el garaje? ¿Me siguió o fue un encuentro casual? Alguna que otra vez vi cómo Yeray me miraba de reojo, me sentí inseguro, algo iba mal, intenté por todos los medios no cruzar miradas. Sin darme cuenta, la profesora Beatriz estaba frente a mí y me estaba preguntando algo. Lucía me golpeo con el codo. “Chacho, Mario, Beatriz te está preguntando”. “¿Eh? ¿Cómo? ¡Ah, sí, perdón Beatriz! ¿Podría repetirme la pregunta?”; la profesora me miró con una mueca de enfado y cruzó los brazos. “Si no te gustan mis clases o crees que pierdes el tiempo, eres libre de irte, Mario”. “No, no, perdone, es que no me encuentro muy bien hoy... el desayuno, algo me habrá sentado mal, perdón”; conseguí balbucear lo mismo que le había dicho a Lucía, pero sin tanto éxito, la profesora no me respondió, se dio media vuelta y preguntó a otro alumno.

Cuando salí de la clase había conseguido volver al mundo real. Le pedí disculpas a Pablo mientras caminábamos por el pasillo del segundo piso hacia las escaleras, con la misma excusa del desayuno. “Tuve que correr al baño, lo siento, tío”. “Nah, no te preocupes, Mario, yo también si me hubiera estado cagando me hubiera ido así de rápido”. “Ya, pero bueno, ya me encuentro mejor”. Lucía se comenzó a reír. “¡Ay!, cagón”; me dijo. Pablo quedó satisfecho con la excusa y yo me puse rojo como un tomate al ver cómo Lucía se reía de mí. Pablo volvió a la carga con el capítulo de *Juego de Tronos*. “¡Mierda!”; exclamé en medio del monólogo de Pablo; “la chaqueta. Me la dejé en clase. Vayan bajando ustedes, ahora los cojo abajo”; los dos asintieron y comenzaron a bajar las escaleras. Maldije mi suerte, había estado tan despistado pensando en Manolo y en todo lo que había visto que no me había acordado de coger mi chaqueta de encima del espaldar de la silla. La clase estaba desierta cuando entré. Mis ojos se clavaron en mi chaqueta marrón. Fui hacia ella y la agarré como una madre que coge de la mano a un niño malcriado que no para de portarse mal. El corazón casi me da un vuelco cuando escuché la voz de Yeray a mis espaldas. “Oye, Mario, tío, quería preguntarte una cosilla”; parecía nervioso, movía las manos constantemente dentro de los bolsillos de sus pantalones grises de chándal de la marca Nike. Intenté mantener la compostura y que mi voz no sonara nerviosa. “Claro, Yeray. Dime, ¿qué quieres?”. “Bueno la cosa es que... perdí mi carpeta azul antes por la mañana y tenía todos los apuntes dentro, tío, ¿la has visto por ahí o sabes de alguien que la haya visto?”; me sonó a la peor excusa que nunca me habían dicho. Con una sonrisa forzada le respondí que no tenía ni idea. Yeray pareció inquieto ante mi respuesta, pero no se apartó de la puerta. Sacó la cabeza al pasillo y pareció vigilar que no hubiera moros en la costa. Algo iba mal. Tras él apareció Manolo. Con esa asquerosa sonrisa en sus repulsivos labios. “Bueno, bueno, qué tenemos aquí, el pajarito del garaje que vi por las cámaras de seguridad”; dijo con tono de sorpresa irónica. La había cagado al dejarme la chaqueta, ahora estaba perdido y solo ante aquellos dos tipejos. Maldije por segunda vez mi suerte aquel día, no había pensado en las cámaras de seguridad del garaje, el segurita de la universidad tiene total acceso a ellas y Manolo protegía muy bien sus intereses al parecer. Intenté mantenerme firme ante ellos, pero el miedo me recorría todo el cuerpo, no quería mostrar ningún tipo de debilidad. Estaba claro que aquellos dos tenían que ver en la muerte de Eduardo. Habían sido ellos. El porqué aún era un misterio para mí, pero tras la escena del garaje y el encuentro con Manolo en los baños dejaba bien claro que se traían algo gordo entre manos. Como última estrategia, intente meterles miedo en el cuerpo. “¡Fueron ustedes, ustedes mataron a Eduardo, asesinos hijos de puta! ¡Llamaré a la policía y terminarán todos en la cárcel!”; les

espeté con las últimas gotas de valor que me quedaban en mi cuerpo. Yeray pareció asustarse, pero la sonrisa de Manolo aún se hizo más grande y malévola ante mis ojos. “Si eres listo no llamarás a nadie, chiquillo. No puedes escapar, matamos a Eduardo y ahora te mataremos a ti. Eduardo metió las narices donde no debía y lo mismo has hecho tú. Dos pajaritos muy curiosos, ¿verdad, Yeray?”; este asintió, desde que había llegado Manolo no había vuelto a mirarme, parecía miedoso y avergonzado. Estaba ante la espada y la pared. No tenía escapatoria. Intenté pensar, sobreponerme al miedo que recorría cada parte de mi anatomía. No podía saltar por la ventana, me mataría. La única puerta de salida estaba bloqueada. Manolo desenfundó su porra y se la dio a Yeray. “Venga, sé buen chico y trae a tu compañero de clase, ¿vale?”; Yeray no dijo nada y se acercó a mí con la porra en su mano derecha. “Vamos”, me dijo. Sabía que si me iba con ellos acabaría muerto, tan muerto como lo estaba Eduardo. Si me negaba, lo más seguro es que me dieran una paliza allí mismo. Accedí a regañadientes y, cuando le di la espalda a Yeray, sentí que la cabeza me iba a estallar, el maldito cabrón me había pegado con todas sus fuerzas un porrazo en la coronilla. Me desvanecí en el oscuro abrazo de la inconsciencia.

Cuando desperté me dolía terriblemente la cabeza. Intenté palparme allí donde había recibido el golpe, pero mis manos no se movían. Estaba atado a una silla, en plena oscuridad. Un fuerte olor a lejía Conejo me quemó las vías respiratorias. Tenía los sentidos embotados. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. No sabía dónde estaba. Intenté hacer memoria: la conversación con Manolo y luego el golpe, pero luego nada más, solo oscuridad. Escuché el chirrido de una puerta y el sonido de un interruptor. La luz me cegó, tuve que cerrar los ojos e irlos adaptando poco a poco. Cuando mis ojos se acostumbraron, pude ver dónde me encontraba: productos de limpieza, fregonas, escobillones y un carrito de la limpieza. Estaba en el cuarto de las limpiadoras. Frente a mí, en la puerta, estaba Yeray y, para mi sorpresa, Suso. Este último tenía el brazo izquierdo en cabestrillo y la cara magullada, como si hubiera recibido una paliza. Tenía la boca seca, pero intenté articular palabra. “¿Suso? ¿Qué te ha pasado?”; Suso volvió la cara en señal de vergüenza. Yeray, al contrario, parecía ahora más seguro que la última vez, cacho de cabrón, por un momento llegué a pensar que él era víctima en todo esto. “Ya sabes lo que dijo Manolo, ni mu a nadie, Suso. Tú haces la primera guardia”; Suso asintió. Yeray se fue. Dejándonos solos al magullado y a mí. Cuando mi cuidador estuvo seguro de que Yeray no volvería, se acercó rápidamente a donde yo estaba. “Mario, te voy a soltar, ¿vale?”; fui a protestar, pero Suso me tapó la boca. No digas nada, solo escucha. La cagué mucho, me metí en líos con Manolo, maté a Eduardo. Ha sido mi culpa que tú estés aquí. Pero quiero enmendarlo todo. Cuando salgas,

corre al primer bar que veas y llama a la policía. Explícales qué ha pasado. Yo me encargo del resto”. Asentí y sin mediar palabra, sin una despedida siquiera, me marché a toda prisa. Tenía sangre seca por todo el pelo, pero me dio igual. Corrí como nunca había corrido en toda mi vida. Salí por la puerta de la universidad como alma que lleva el diablo. Crucé Tomas Morales, sin siquiera preocuparme del tráfico, ni de las agresivas pitadas de los coches. Entré en el Rincón del Pan y pedí que me dejaran hacer una llamada. Las chicas se asustaron al verme, tuve que insistirles que me dejaran hacer la llamada, era de vida o muerte. Finalmente accedieron. Cuando llamé a la policía y conté lo ocurrido, sentí mi cuerpo debilitarse, no pude más y me desmayé.

Esta vez cuando desperté, no fue en una sala oscura y apestado a lejía. Era una sala blanca, llena de luz. Mi primer pensamiento fue el de estar en el cielo. ¿Había muerto? ¿Todo había sido un sueño? En un abrir y cerrar de ojos esa idea se esfumó de mi cabeza al ver a mis padres, a Pablo, a Lucía y algunos otros de mis compañeros y profesores alrededor de mi cama. Estaba en el hospital. Todos se alegraron de verme despertar. Se abalanzaron sobre mí con lágrimas en los ojos.

Pronto me contaron lo ocurrido. Después de mi llamada, la policía se personó en la universidad y encontraron a Yeray muerto, y a Suso herido de bala. Suso había acabado con Yeray en una pelea y Manolo furioso le había pegado un tiro. La policía había detenido a Manolo. Suso declaró ante la policía ser el asesino de Eduardo y contó toda la macabra historia del tráfico de drogas y la paliza que le propinó Manolo por querer salirse del negocio. La paliza la había presenciado Eduardo, el cual escapó asustado y Manolo había dado la orden de eliminarlo. Obligó a Suso y a Yeray y les proporcionó un arma. Una antigua pistola de sus días en el cuerpo de la policía local, con el número de serie borrado. Ambos muchachos habían seguido a Eduardo hasta los baños donde le dispararon a sangre fría. El resto, como se suele decir, es historia. Todo había acabado por fin, el día había sido de locos, pero estaba vivo y eso era lo que importaba. Antes de quedarme dormido de nuevo, por insistencia del médico, y de despedirme de todos con una sonrisa y un “estoy bien, de verdad”, en mi soledad pensé en Eduardo, Suso y Yeray; pobres chicos que se habían visto arrastrados a una vorágine de sangre y drogas. Eduardo había sido una víctima casual, como la que podría haber sido yo, si no llega a ser por el arrepentimiento de Suso. Por último, antes de que mis ojos se cerraran y mi mente se dejara seducir por el sueño artificial de los fármacos, pensé en una frase que había leído en un libro del cual ahora mismo no recordaba su nombre: “La muerte es adonde los sueños van a acabar”.

